



Escena mundana en el «hall» de un gran hotel

EVOCACIONES VIAJE A PARÍS EN UNA VITRINA

En las vallas de Madrid ha aparecido un anuncio de París en que se ve al Gran Palacio de Exposiciones tomado por una multitud que aclama á la moda. La pintura es representativa de París; pero el texto se refiere á Madrid, señalando el Retiro y la Exposición de la Moda.

Esta hora tan intensamente primaveral es capaz de todos los sueños, y ya que por el programa, aprovechado de otro programa ó símbolo del trasplante cineplástico de los cosas, podíamos caminar hacia París no yendo más que al Retiro, frente á la vitrina de la cabeza de mujer con peineta de concha y brillantes, he viajado hacia París junto á una bella dama en extraño traje de noche, como si tuviese calculado el ir al teatro nada más desembarcar.

—o—o—

París es la ciudad que entorna los ojos para ver al que la visita, la única ciudad que hace ese gesto.

—o—o—

Las mujeres tienen las obligaciones de la moda, y por eso enseñan las rodillas, aunque su hueso sea demasiado ancho y parezcan absurdas pescadoras de cangrejos.

—o—o—

Toda la ciudad huele á tabaco oriental, á gasolina estilizada y á camisa nueva.

—o—o—

En una silla de hierro de un jardín, una mujer divina, reina del jardín, belleza de cuadro, primera medalla de salón y, sin embargo, montada en hierro y con las piernas cruzadas de tal modo que parecen ofrendarse á los aviadores, y que les harán aterrizar atrabancados y desorientados.

—o—o—

Las botellitas de vermut, entre medicinales y de tienda de objetos de escritorio, hacen glu, glu un momento, y en seguida están vacías.

Todo un tren de botellitas de vermut que llega todos los días á París desde Italia, va quedándose íntegro á lo largo de la terraza.

Se verifica realmente el *vernissage* de la mañana, gracias á esta insaciable del barniz que les ha de fijar y perpetuar—eso se creen ellos y ellas—en la primera frescura de la mañana.

—o—o—

Grandes escaparates de la avenida en que reposan los automóviles como carrozas dispuestas, bruñido el cinturón del tope, los neumáticos con los botines limpios, el volante intacto.

Parece que vamos á presenciar ese momento en que el cristal de la gran luna se pliega, se enrolla, desaparece y el automóvil se mezcla á la circulación con un número nuevo, con un destino nuevo, dando los bocinazos del recién nacido.

—o—o—

En un jardín de paso, los artistas, entre desesperados y entre desternillados de risa, han expuesto sus cuadros. Son bohemios que aprovechan el público descuidado que no iría á una exposición por más que se le invitase.

Los árboles soportan sus cuadros como carteles de ciegos, ciegos que ven gracias á su cartel, dotado de colores y perspectivas.

Abundan mucho los claros de luna en estas exposiciones, y los efectos de las Torres del Homenaje en castillos imaginarios.

Todas las decoraciones de la pintura de gran género son exhibidas en estas plazas de jardín, á mano del que pasa cada cuadro, sin decisión para colgar en ningún árbol el «se prohíbe tocar los objetos».

Refloran cuadros antiguos, rinconadas de un Montmartre que parecía haber desaparecido hace mucho tiempo; mujeres que tiran de una media como si preparasen las redes de su seducción; vendedoras de flores en una esquina de París, y mucho otoño, el mes en que estos pintores sentimentales hacen su acopio de temas.



Apunte rápido del natural en las carreras de caballos de Auteuil